



Clase N° 2 (Bibliografía)

La presente bibliografía ha sido seleccionada por Hernán Ouviaña exclusivamente para ser adjuntada en el Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED), en la Clase 2: "El joven Gramsci y el desafío de la renovación del marxismo, Primera parte" del curso: "Teoría y praxis en el pensamiento de Antonio Gramsci: sus aportes para analizar la realidad latinoamericana.", Marzo 2010.

Av. Corrientes 1543 (C1042AAB),
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Informes: (54-11) 5077-8024
academica-pled@centrocultural.coop

Cómo citar:

Gramsci, Antonio. "Escritos juveniles de Antonio Gramsci I", Selecciones.

®De los autores

Todos los derechos reservados.

Esta publicación puede ser reproducida gráficamente hasta 1.000 palabras, citando la fuente. No puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopiadora o cualquier otro, sin permiso previo escrito de la editorial y/o autor, autores, derechohabientes, según el caso.

Edición electrónica para Campus Virtual CCC: **PABLO BALCEDO / MARIANO TRAVELLA**



Escritos juveniles de Antonio Gramsci I

SOCIALISMO Y CULTURA¹

Nos cayó a la vista hace algún tiempo un artículo en el cual Enrico Leone, de esa forma complicada y nebulosa que le es tan a menudo propia, repetía algunos lugares comunes acerca de la cultura y el intelectualismo en relación con el proletariado, oponiéndoles la *práctica*, el *hecho histórico*, con los cuales la clase se está preparando el porvenir con sus propias manos. No nos parece inútil volver sobre ese tema, ya otras veces tratado en el *Grido* y que ya se benefició de un estudio más rigurosamente doctrinal, especialmente en la *Avanguardia* de los jóvenes, en ocasión de la polémica entre Bordiga, de Nápoles, y nuestro Tasca.

Vamos a recordar dos textos: uno de un romántico alemán, Novalis (que vivió de 1772 a 1801), el cual dice: "El problema supremo de la cultura consiste en hacerse dueño del propio yo trascendental, en ser al mismo tiempo el yo del yo propio. Por eso sorprende poco la falta de percepción e intelección completa de los demás. Sin un perfecto conocimiento de nosotros mismos, no podremos conocer verdaderamente a los demás".

El otro, que resumiremos, es de G. B. Vico. Vico (en el *Primer corolario acerca del habla por caracteres poéticos de las primeras naciones*, en la *Ciencia Nueva*) ofrece una interpretación política del famoso dicho de Solón que luego adoptó Sócrates en cuanto a la filosofía, "Conócete a ti mismo", y sostiene que Solón quiso con ello exhortar a los plebeyos -que se creían de origen animal y pensaban que los nobles eran de *origen divino*- a que reflexionaran sobre sí mismos para reconocerse de *igual naturaleza humana que los nobles*, y, por tanto, para que pretendieran ser *igualados con ellos en civil derecho*. Y en esa conciencia de la igualdad humana de nobles y plebeyos pone luego la base y la razón histórica del origen de las repúblicas democráticas de la Antigüedad.

No hemos reunido esos dos textos por capricho. Nos parece que en ellos se indican, aunque no se expresen ni definan por lo largo, los límites y los principios en los cuales debe fundarse una justa comprensión del concepto de cultura, también respecto del socialismo.

Hay que perder la costumbre y dejar de concebir la cultura como saber enciclopédico en el cual el hombre no se contempla más que bajo la forma de un recipiente que hay que rellenar y apuntalar con datos empíricos, con hechos en bruto e inconexos que él tendrá luego que encasillarse en el cerebro como en las columnas de un diccionario para poder contestar, en cada ocasión, a los estímulos varios del mundo externo. Esa forma de cultura es verdaderamente dañina, especialmente para el proletariado. Sólo sirve para producir desorientados, gente que se cree superior al resto de la humanidad porque ha amontonado en la memoria cierta cantidad de datos y fechas que desgrana en cada ocasión para levantar una barrera entre sí mismo y los demás. Sólo sirve para producir ese intelectualismo cansino e incoloro tan justa y cruelmente fustigado por Romain Rolland y que ha dado a luz una entera caterva de fantasiosos presuntuosos, más deletéreos para la vida social que los microbios de la tuberculosis o de la sífilis para la belleza y la salud física de los cuerpos. El estudiantillo que sabe un poco de latín y de historia, el abogadillo que ha conseguido arrancar una licenciatura a la

¹ *Il Grido del Popolo*, 29 de enero de 1916. Reproducido en Antonio Gramsci: *Antología*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires.

desidia y a la irresponsabilidad de los profesores, creerán que son distintos y superiores incluso al mejor obrero especializado, el cual cumple en la vida una tarea bien precisa e indispensable y vale en su actividad cien veces más que esos otros en las suyas. Pero eso no es cultura, sino pedantería; no es inteligencia, sino intelecto, y es justo reaccionar contra ello.

La cultura es cosa muy distinta. Es organización, disciplina del yo interior, apoderamiento de la personalidad propia, conquista de superior conciencia por la cual se llega a comprender el valor histórico que uno tiene, su función en la vida, sus derechos y sus deberes, Pero todo eso no puede ocurrir por evolución espontánea, por acciones y reacciones independientes de la voluntad de cada cual, como ocurre en la naturaleza vegetal y animal, en la cual cada individuo se selecciona y especifica sus propios órganos inconscientemente, por la ley fatal de las cosas. El hombre es sobre todo espíritu, o sea, creación histórica, y no naturaleza. De otro modo no se explicaría por qué, habiendo habido siempre explotados y explotadores, creadores de riqueza y egoístas consumidores de ella, no se ha realizado todavía el socialismo. La razón es que sólo paulatinamente, estrato por estrato, ha conseguido la humanidad conciencia de su valor y se ha conquistado el derecho a vivir con independencia de los esquemas y de los derechos de minorías que se afirmaron antes históricamente. Y esa conciencia no se ha formado bajo el brutal estímulo de las necesidades fisiológicas, sino por la reflexión inteligente de algunos, primero, y, luego, de toda una clase sobre las razones de ciertos hechos y sobre los medios mejores para convertirlos, de ocasión que eran de vasallaje, en signo de rebelión y de reconstrucción social. Eso quiere decir que toda revolución ha sido precedida por un intenso trabajo de crítica, de penetración cultural, de permeación de ideas a través de agregados humanos al principio refractarios y sólo atentos a resolver día a día, hora por hora, y para ellos mismos su problema económico y político, sin vínculos de solidaridad con los demás que se encontraban en las mismas condiciones. El último ejemplo, el más próximo a nosotros y, por eso mismo, el menos diverso del nuestro, es el de la Revolución francesa. El anterior período cultural, llamado de la Ilustración y tan difamado por los fáciles críticos de la razón teórica, no fue --o no fue, al menos, completamente-- ese revoloteo de superficiales inteligencias enciclopédicas que discurrían de todo y de todos con uniforme imperturbabilidad, que creían ser hombres de su tiempo sólo una vez leída la *Gran enciclopedia* de D'Alembert y Diderot; no fue, en suma, sólo un fenómeno de intelectualismo pedante y árido, como el que hoy tenemos delante y encuentra su mayor despliegue en las Universidades populares de ínfima categoría. Fue una revolución magnífica por la cual, como agudamente observa De Sanctis en la *Storia della letteratura italiana*, se formó por toda Europa como una conciencia unitaria, una internacional espiritual burguesa sensible en cada una de sus partes a los dolores y a las desgracias comunes, y que era la mejor preparación de la rebelión sangrienta luego ocurrida en Francia.

En Italia, en Francia, en Alemania se discutían las mismas cosas, las mismas instituciones, los mismos principios. Cada nueva comedia de Voltaire, cada *pamphlet* nuevo, era como la chispa que pasaba por los hilos, ya tendidos entre Estado y Estado, entre región y región, y se hallaban los mismos consensos y las mismas oposiciones en todas partes y simultáneamente. Las bayonetas del ejército de Napoleón encontraron el camino ya allanado por un ejército invisible de libros, de opúsculos, derramados desde París a partir de la primera mitad del siglo XVIII y que habían preparado a los hombres y las instituciones para la necesaria renovación. Más tarde, una vez que los hechos de Francia consolidaron de nuevo la conciencia, bastaba un movimiento popular en París para provocar otros análogos en Milán, en Viena, y en los centros más pequeños. Todo eso parece natural, espontáneo, a los facilones, pero en realidad sería incomprensible si no

se conocieran los factores de cultura que contribuyeron a crear aquellos estados de ánimo dispuestos a estallar por una causa que se consideraba común.

El mismo fenómeno se repite hoy para el socialismo. La conciencia unitaria del proletariado se ha formado o se está formando a través de la crítica de la civilización capitalista, y crítica quiere decir cultura, y no ya evolución espontánea y naturalista. Crítica quiere decir precisamente esa conciencia del yo que Novalis ponía como finalidad de la cultura. Yo que se opone a los demás, que se diferencia y, tras crearse una meta, juzga los hechos y los acontecimientos, además de en sí y por sí mismos, como valores de propulsión o de repulsión. Conocerse a sí mismos quiere decir ser lo que se es, quiere decir ser dueños de sí mismo, distinguirse, salir fuera del caso, ser elemento de orden, pero del orden propio y de la propia disciplina a un ideal. Y eso no se puede obtener si no se conoce también a los demás, su historia, el decurso de los esfuerzos que han hecho los demás para ser lo que son, para crear la civilización que han creado y que queremos sustituir por la nuestra. Quiere decir tener noción de qué es la naturaleza, y de sus leyes, para conocer las leyes que rigen el espíritu. Y aprenderlo todo sin perder de vista la finalidad última, que es conocerse mejor a sí mismos a través de los demás, y a los demás a través de sí mismos.

Si es verdad que la historia universal es una cadena de los esfuerzos que ha hecho el hombre por liberarse de los privilegios, de los prejuicios y de las idolatrías, no se comprende por qué el proletariado, que quiere añadir otro eslabón a esa cadena, no ha de saber cómo, y por qué y por quién ha sido precedido, y qué provecho puede conseguir de ese saber.

INDIFERENTES²

Odio a los indiferentes. Creo, como Federico Hebbel, que “vivir significa ser partisano”³. No pueden existir quienes sean solamente hombres, extraños a la ciudad. Quien vive verdaderamente no puede no ser ciudadano y no tomar partido. La indiferencia es abulia, parasitismo y cobardía, no es vida. Por eso odio a los indiferentes.

La indiferencia es el peso muerto de la historia. Es la bola de plomo para el innovador, es la materia inerte en la que se ahogan a menudo los entusiasmos más brillantes, es el foso que circunda la vieja ciudad y la defiende mejor que las murallas más altas, mejor que los pechos de sus guerreros, porque engulle con sus gargueros barrocos a los asaltantes, los diezma, los desanima y en cualquier momento los hace desistir de la heroica empresa.

La indiferencia obra en la historia con fuerza. Opera pasivamente, pero opera. Es la fatalidad; es aquello con lo que no se puede contar, es lo que desbarata los

² *La Città Futura*, 11 de febrero 1917. Reproducido en Antonio Gramsci: *La Ciudad Futura y otros escritos*, Selección y Estudio Introdutorio a cargo de Daniel Campione, Editorial Dialektik, Buenos Aires.

³ Cf. Friedrich Hebbel (Diario, traducción e introducción de Scipio Slataper), Lanciano, Carabba, 1912 (*Cultura dell' anima*), p. 82: “Vivere significa esser partigiani” (riflessione N° 2.127). El mismo pensamiento de Hebbel ha sido publicado en el número del *Grido del Popolo* del 27 de mayo de 1916, junto con las siguientes dos “reflexiones” incluidas en la misma obra: 1. “Un prisionero y un predicador de la libertad”. 2. “A la juventud se le reprocha a menudo creer que el mundo comienza con ella. Pero la ancianidad cree aun más a menudo que el mundo se termina con ella. ¿Cuál es peor?”.

programas, desvirtúa los planes mejor contruidos; es la materia bruta que se rebela contra la inteligencia y la estrangula. Aquello que sucede, el mal que se abate sobre todos, el posible bien que un acto heroico (de valor universal) puede acarrear, no es tanto debido a la iniciativa de los pocos que actúan, sino a la indiferencia, a la prescindencia de los muchos. Aquello que adviene, no lo hace tanto porque algunos quieren que suceda, sino porque la masa de los hombres abdica de su voluntad, deja hacer, deja entrelazarse los nudos que luego sólo la espada podrá cortar, permite promulgar las leyes que sólo la revuelta podrá abrogar, asiste pasiva al ascenso al poder de hombres que luego sólo un motín podrá derrocar. La fatalidad que parece dominar la historia no es otra cosa que la apariencia ilusoria producida por esta indiferencia, este ausentismo. A partir de hechos concebidos en la sombra, pocas manos, no sometidas a ningún control, hilan la tela de la vida colectiva, y la masa permanece ignorante porque no se preocupa. Los destinos de una época son manipulados según la visión estrecha, los objetivos inmediatos, la ambición y pasión personal de pequeños grupos activos, y las masas permanecen ignorantes, porque no se preocupan. Pero los hechos que han sido concebidos suceden; la tela hilada en las sombras se completa: y entonces parece ser la fatalidad la que arrolla a todo y a todos, parece que la historia no es más que un enorme fenómeno natural, una erupción, un terremoto, del cual todos resultan víctimas, quien ha querido y quien no, quien sabía y quien no sabía, el activo y el indiferente. Y este último se irrita, querría sustraerse a las consecuencias, quisiera que apareciese claro que él no ha querido, que no es responsable. Algunos lloriquean piadosamente, otros profieren obscenidades, pero ninguno o muy pocos se preguntan: ¿si hubiese también yo cumplido mi deber, si hubiese procurado hacer valer mi voluntad, mi opinión, hubiera acontecido lo que sucedió? Pero muy pocos o ninguno se echa la culpa por su indiferencia, su escepticismo, de no haber ofrecido su brazo y su actividad a ese grupo de ciudadanos que combatían por evitar el mal que ocurrió, que se proponían el bien que no se realizó.

Los más de ellos, en cambio, ante los hechos consumados, prefieren hablar de ideales fallidos, de programas definitivamente hundidos y de otras ocurrencias similares.

Recomienzan así la elusión de toda responsabilidad. Y no se trata de que no vean claro las cosas ni de que no sean capaces de concebir excelentes soluciones para los problemas más urgentes o de aquéllos que, requiriendo amplia preparación y tiempo, son, no obstante, igual de urgentes. Pero estas soluciones resultan tan bellas como infecundas, esta contribución a la vida colectiva no es animada por algún impulso moral; es producto de la curiosidad intelectual, no del fuerte sentido de responsabilidad histórica que exige a todos ser activos en la vida, que no admite agnosticismos ni indiferencias de ningún género.

Odio también a los indiferentes porque me produce repulsión su plañir de eternos inocentes. Pido cuentas a cada uno de ellos de cómo ha realizado la tarea que la vida le ha asignado y le asigna cotidianamente, de lo que ha hecho y sobre todo de lo que no ha hecho. Y siento que puedo ser inexorable, que no debo malgastar mi piedad, que no debo compartir con ellos mis lágrimas. Soy partisano, vivo, siento en la conciencia la parte que me toca impulsar de la actividad de la ciudad futura que quienes están de mi lado están construyendo. Y en ella la cadena social no pesa sobre pocos, todas las cosas que suceden no son debidas al acaso, a la fatalidad, sino que es obra inteligente de los ciudadanos. No hay en ella nadie que se quede en la ventana observando mientras unos pocos se sacrifican, se desangran; y aquél que está en la ventana, al acecho, quiere usufructuar del escaso

beneficio que la actividad de unos pocos obtiene y desfoga su decepción vituperando al sacrificado, al que se ha desangrado por no cejar en su intento.

Vivo, soy partisano. Por eso odio a quien no toma partido, odio a los indiferentes.

NOTAS SOBRE LA REVOLUCION RUSA⁴

¿Por qué la Revolución rusa es una revolución proletaria?

Al leer los periódicos, al leer el conjunto de noticias que la censura ha permitido publicar, no se entiende fácilmente. Sabemos que la revolución ha sido hecha por proletarios (obreros y soldados), sabemos que existe un comité de delegados obreros que controla la actuación de los organismos administrativos que ha sido necesario mantener para los asuntos corrientes. Pero ¿basta que una revolución haya sido hecha por proletarios para que se trate de una revolución proletaria? La guerra la hacen también los proletarios, lo que, sin embargo, no la convierte en un hecho proletario. Para que sea así es necesario que intervengan otros factores, factores de carácter espiritual. Es necesario que el hecho revolucionario demuestre ser, además de fenómeno de poder, fenómeno de costumbres, hecho moral. Los periódicos burgueses han insistido sobre el fenómeno de poder; nos han dicho que el poder de la autocracia ha sido sustituido por otro poder, aún no bien definido y que ellos esperan sea el poder burgués. E inmediatamente han establecido el paralelo: Revolución rusa, Revolución francesa, encontrando que los hechos se parecen. Pero lo que se parece es sólo la superficie de los hechos, así como un acto de violencia se asemeja a otro del mismo tipo y una destrucción es semejante a otra.

No obstante, nosotros estamos convencidos de que la Revolución rusa es, además de un hecho, un acto proletario y que debe desembocar naturalmente en el régimen socialista. Las noticias realmente concretas, sustanciales, son escasas para permitir una demostración exhaustiva. Pero existen ciertos elementos que nos permiten llegar a esa conclusión.

La Revolución rusa ha ignorado el jacobinismo. La revolución ha tenido que derribar a la autocracia; no ha tenido que conquistar la mayoría con la violencia. El jacobinismo es fenómeno puramente burgués; caracteriza a la revolución burguesa de Francia. La burguesía, cuando hizo la revolución, no tenía un programa universal; servía intereses particulares, los de su clase, y los servía con la mentalidad cerrada y mezquina de cuantos siguen fines particulares. El hecho violento de las revoluciones burguesas es doblemente violento: destruye el viejo orden, impone el nuevo orden. La burguesía impone su fuerza y sus ideas no sólo a la casta anteriormente dominante, sino también al pueblo al que se dispone a dominar. Es un régimen autoritario que sustituye a otro régimen autoritario.

La Revolución rusa ha destruido al autoritarismo y lo ha sustituido por el sufragio universal, extendiéndolo también a las mujeres. Ha sustituido el autoritarismo por la libertad; la Constitución por la voz libre de la conciencia universal. ¿Por qué los revolucionarios rusos no son jacobinos, es decir, por qué no han sustituido la dictadura de uno solo por la dictadura de una minoría audaz y decidida a todo con tal de hacer triunfar su programa? Porque persiguen un ideal que no puede ser el de unos pocos,

⁴ *Il Grido del Popolo*, 29 de abril de 1917. Reproducido en Antonio Gramsci: *Revolución rusa y Unión Soviética*, Editorial Roca, México.

porque están seguros de que cuando interroguen al proletariado, la respuesta es indudable, está en la conciencia de todos y se transformará en decisión irrevocable apenas pueda expresarse en un ambiente de libertad espiritual absoluta, sin que el sufragio se vea adulterado por la intervención de la policía, la amenaza de la horca o el exilio. El proletariado industrial está preparado para el cambio incluso culturalmente; el proletariado agrícola, que conoce las formas tradicionales del comunismo comunal, está igualmente preparado para el paso a una nueva forma de sociedad. Los revolucionarios socialistas no pueden ser jacobinos; en Rusia tienen en la actualidad la única tarea de controlar que los organismos burgueses (la Duma, los Zemstvo) no hagan jacobinismo para deformar la respuesta del sufragio universal y servirse del hecho violento para sus intereses.

Los periódicos burgueses no han dado ninguna importancia a este otro hecho: los revolucionarios rusos han abierto las cárceles no sólo a los presos políticos, sino también a los condenados por delitos comunes. En una de las cárceles, los reclusos comunes, ante el anuncio de que eran libres, contestaron que no se sentían con derecho a aceptar la libertad porque debían expiar sus culpas. En Odesa, se reunieron en el patio de la cárcel y voluntariamente juraron que se volverían honestos y vivirían de su trabajo. Esta noticia es más importante para los fines de la revolución que la de la expulsión del Zar y los grandes duques. El Zar habría sido expulsado incluso por los burgueses, mientras que para éstos los presos comunes habían sido siempre adversarios de su orden, los pérfidos enemigos de su riqueza, de su tranquilidad. Su liberación tiene para nosotros este significado: la revolución ha creado en Rusia una nueva forma de ser. No sólo ha sustituido poder por poder; ha sustituido hábitos por hábitos, ha creado una nueva atmósfera moral, ha instaurado la libertad del espíritu además de la corporal. Los revolucionarios no han temido poner en la calle a hombres marcados por la justicia burguesa con el sello infame de lo juzgado a priori, catalogados por la ciencia burguesa en diversos tipos de la criminalidad y la delincuencia. Sólo en una apasionada atmósfera social, cuando las costumbres y la mentalidad predominante han cambiado, puede suceder algo semejante. La libertad hace libres a los hombres, ensancha el horizonte moral, hace del peor malhechor bajo el régimen autoritario un mártir del deber, un héroe de la honestidad. Dicen en un periódico que en cierta prisión estos malhechores han rechazado la libertad y se han constituido en sus guardianes. ¿Por qué no sucedió esto antes? ¿Por qué las cárceles estaban rodeadas de murallas y las ventanas enrejadas? Quienes fueron a ponerles en libertad debían ser muy distintos de los jueces, de los tribunales y de los guardianes de las cárceles, y los malhechores debieron escuchar palabras muy distintas a las habituales cuando en sus conciencias se produjo tal transformación que se sintieron tan libres como para preferir la segregación a la libertad, como para imponerse voluntariamente una expiación. Debieron sentir que el mundo había cambiado, que también ellos, la escoria de la sociedad, se había transformado en algo, que también ellos, los segregados, tenían voluntad de opción.

Este es el fenómeno más grandioso que la iniciativa del hombre haya producido. El delincuente se ha transformado, en la revolución rusa, en el hombre que Emmanuel Kant, el teórico de la moral absoluta, había anunciado, el hombre que dice: la inmensidad del cielo fuera de mí, el imperativo de mi conciencia dentro de mí. Es la liberación de los espíritus, es la instauración de una nueva conciencia moral lo que nos es revelado por estas pequeñas noticias. Es el advenimiento de un orden nuevo, que coincide con cuanto nuestros maestros nos habían enseñado. Una vez más la luz viene del Oriente e irradia al viejo mundo Occidental, el cual, asombrado, no sabe más que oponerle las banales y tontas bromas de sus plumíferos.

EL PRIVILEGIO DE LA IGNORANCIA⁵

El compañero Goad al imperativo categórico: -Primero: educar a los proletarios - quiere que le siga otro -Segundo: educar a los burgueses⁶. Aceptamos todo aquello que el compañero Goad escribe sobre la ignorancia y sobre el filisteísmo de los burgueses. Pero no nos preocupamos de esta ignorancia y de este filisteísmo.

Los burgueses pueden ser hasta ignorantes en la inmensa mayoría: el mundo burgués sigue adelante lo mismo. Ello está encarnado de tal modo que basta que haya una minoría de intelectuales, de científicos, de estudiosos, para que los negocios prosperen. La ignorancia es también un privilegio de la burguesía, como es un privilegio suyo no hacer nada y la pereza intelectual. Aquel régimen burgués es un régimen de tutela; el principio de autoridad es su base fundamental: la autoridad aborrece el control, aborrece la discusión. La crisis en la que se debaten las democracias es producto en gran parte del contraste entre el principio de autoridad, entre el jacobinismo necesario a cada estado burgués, y la tendencia a extender cada vez más la propia tarea de control de parte de las masas populares, socialistas y democráticas. Los teóricos de la burguesía han sentido alguna vez este contraste entre las necesidades de la conservación del poder burgués y la necesidad electoral de servirse de la propaganda para la realización de un programa inmediato. Alberto Caroncini⁷, por citar uno de estos teóricos, sostenía que los grupos intelectuales deben combatir contra el impuesto sobre el trigo y dar el pan a buen precio a los “cafoni”, pero deben cuidarse bien de incitar a los “cafoni” a la batalla teórica, de hacer participar los “cafoni” en la lucha, porque si los “cafoni” comienzan a interesarse en tales cuestiones, puede haber problemas, y no se sabe donde se puede terminar. La protección sobre el trigo puede ser comparada a la protección sobre la propiedad privada, y la voluntad que ha logrado abatir una protección particular, de categoría, puede proponerse, con la seguridad de lograr abatir también la protección de clase.

Los burgueses también pueden ser ignorantes. Los proletarios no. Para los proletarios es un deber no ser ignorantes. La civilización socialista, sin privilegios de casta y de categoría, para realizarse completamente necesita que todos los ciudadanos sepan controlar lo que sus mandatarios cada vez deciden y hacen. Si los sabios, si los técnicos, si aquellos que pueden imprimir a la producción y al intercambio una vida más ardiente y rica de posibilidades, son una exigua minoría, no controlada, por la lógica misma de las cosas, esta minoría devendrá privilegiada, impondrá su propia dictadura.

Debe existir un modo de elegir entre un número cuanto más grande sea posible de individuos para enviar a los cargos públicos, para que haya garantía de libertad, para que la elección recaiga sobre los mejores y no tenga necesariamente que recaer siempre sobre los mismos: se necesita que nadie sea absolutamente indispensable. El

⁵ *Il Grido del Popolo*, 13 de octubre 1917. Traducción a cargo de Hernán Oviña y Cecilia Alonso. Incluido en VV.AA. *Gramsci y la educación*, Editorial Novedades Educativas, Buenos Aires, en prensa.

⁶ Se refiere al artículo “Primero: educar a los proletarios”, bajo la firma Goad (seudónimo no identificado) en *Il Grido del Popolo* del 6 de octubre de 1917, en respuesta a un artículo precedente con el mismo título de Andrea Viglongo, publicado en el número del 22 de septiembre de 1917 del semanario socialista.

⁷ Alberto Caroncini (1883-1915), exponente del Partido de jóvenes liberales. Liberal en economía, enseñó en la Escuela media de comercio de Turín. En el otoño de 1913 toma parte activa en la batalla electoral de las colonias del “Resto del Carlino”, y fundó luego el semanario “L’ Acción. Reseña nacional liberal”. Fue intervencionista. Una selección póstuma de sus escritos, *Problemas de política nacional*, al cuidado de Arrigo Solmi, salió en 1922 en Laterza.

problema de educación de los proletarios es un problema de libertad. Los proletarios mismos deben resolverlo. Que los burgueses piensen en sus asuntos, si quieren pensar.

LA REVOLUCIÓN CONTRA EL CAPITAL⁸

La Revolución de los bolcheviques se ha insertado definitivamente en la Revolución general del pueblo ruso. Los maximalistas, que hasta hace dos meses habían sido el fermento necesario para que los acontecimientos no se estancaran, para que no se detuviera la marcha hacia el futuro produciendo una forma definitiva de reajuste --reajuste que habría sido burgués--, se han hecho dueños del poder, han asentado su dictadura y están elaborando las formas socialistas en las que tendrá que acomodarse, por último, la Revolución para seguir desarrollándose armoniosamente, sin choques demasiado violentos, partiendo de las grandes conquistas ya conseguidas.

La Revolución de los bolcheviques está más hecha de ideología que de hechos. (Por eso, en el fondo, importa poco saber más de lo que sabemos ahora.) Es la Revolución contra *El Capital*, de Carlos Marx. *El Capital*, de Marx, era en Rusia el libro de los burgueses más que el de los proletarios. Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formara una burguesía, empezara una Era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado pudiera pensar siquiera en su ofensiva, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado las ideologías. Los hechos han provocado la explosión de los esquemas críticos en cuyo marco la Historia de Rusia habría tenido que desarrollarse según los cánones del materialismo histórico. Los bolcheviques reniegan de Carlos Marx, afirman con el testimonio de la acción cumplida, de las conquistas realizadas, que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como podría creerse y como se ha creído.

Y, sin embargo, también en estos acontecimientos hay una fatalidad, y si los bolcheviques reniegan de algunas afirmaciones de *El Capital*, no reniegan, en cambio, de su pensamiento inmanente, vivificador. No son "marxistas", y eso es todo; no han levantado sobre las obras del maestro una exterior doctrina de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, el que nunca muere, que es la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, y que en Marx se había contaminado con incrustaciones positivistas y naturalistas. Y ese pensamiento no sitúa nunca como factor máximo de la historia los hechos económicos en bruto, sino siempre el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se reúnen, se comprenden, desarrollan a través de esos contactos (cultura) una voluntad social, colectiva, y entienden los hechos económicos, los juzgan y los adaptan a su voluntad hasta que ésta se convierte en motor de la economía, en plasmadora de la realidad objetiva, la cual vive entonces, se mueve y toma el carácter de materia telúrica en ebullición, canalizable por donde la voluntad lo desee, y como la voluntad lo desee.

Marx ha previsto lo previsible. No podía prever la guerra europea, o, por mejor decir, no podía prever que esta guerra habría durado lo que ha durado e iba a tener los efectos que ha tenido. No podía prever que en tres años de sufrimientos indecibles, de indecibles miserias, esta guerra iba a suscitar en Rusia la voluntad colectiva popular que ha suscitado. Una voluntad de esa naturaleza necesita *normalmente* para constituirse un largo proceso de infiltraciones capilares, una larga serie de experiencias de clase. Los hombres son perezosos, necesitan organizarse, exteriormente primero, en corporaciones

⁸ *Il Grido del Popolo*, 5 de enero de 1918, Reproducido en Antonio Gramsci: *Antología*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires.

y ligas, y luego íntimamente, en el pensamiento, en las voluntades [6- Indicado como laguna del original por los editores de las Opere.] de una continuidad incesante y múltiple de estímulos exteriores. Por eso *normalmente* los cánones de crítica histórica del marxismo captan la realidad, la aferran en su red y la tornan evidente y distinta. *Normalmente* las dos clases del mundo capitalista producen la historia a través de la lucha de clases en constante intensificación. El proletariado siente su miseria actual, se encuentra constantemente sin asimilar por ella y presiona sobre la burguesía para mejorar sus condiciones. Lucha, obliga a la burguesía a mejorar la técnica de la producción, a conseguir que ésta sea más útil para que resulte posible la satisfacción de sus necesidades más urgentes. Es una afanosa carrera hacia el perfeccionamiento que acelera el ritmo de la producción e incrementa constantemente la suma de los bienes que servirán a la colectividad. En esa carrera caen muchos y dan más urgencia al deseo de los que se mantienen, y la masa esta constantemente agitada, y va pasando del caos-pueblo a entidad de pensamiento cada vez más ordenado, y cada vez es más consciente de su potencia, de su capacidad de hacerse con la responsabilidad social, de convertirse en árbitro de sus propios destinos.

Eso ocurre normalmente. Cuando los hechos se repiten según cierto ritmo. Cuando la historia se desarrolla según momentos cada vez más complejos y más ricos en significación y valor, pero, a pesar de todo, semejantes. Mas en Rusia, la guerra ha servido para sacudir las voluntades. Estas, a causa de los sufrimientos acumulados en tres años, se han encontrado al unísono mucho más rápidamente. La carestía era acuciante, el hambre, la muerte de inanición podía aferrarles a todos, aplastar de un golpe decenas de millones de hombres. Las voluntades se han puesto al unísono, primero mecánicamente y luego activamente, espiritualmente, a raíz de la primera revolución.

La predicación socialista ha puesto al pueblo ruso en contacto con las experiencias de los demás proletariados. La predicación socialista permite vivir dramáticamente en un instante la historia del proletariado, sus luchas contra el capitalismo, la larga serie de los esfuerzos que ha de realizar para emanciparse idealmente de los vínculos del servilismo que hacían de él algo abyecto, para convertirse así en conciencia nueva, en testimonio actual de un mundo por venir. La predicación socialista ha creado la voluntad social del pueblo ruso. ¿Por que había de esperar que se renovase en Rusia la Historia de Inglaterra, que se formase en Rusia una burguesía, que se suscitara la lucha de clases y que llegara finalmente la catástrofe del mundo capitalista? El pueblo ruso ha pasado por todas esas experiencias con el pensamiento, aunque haya sido con el pensamiento de una minoría. Ha superado esas experiencias. Se sirve de ellas para afirmarse ahora, como se servirá de las experiencias capitalistas occidentales para ponerse en poco tiempo a la altura de la producción del mundo occidental. América del Norte está, desde el punto de vista capitalista, por delante de Inglaterra, precisamente porque en América del Norte los anglosajones han empezado de golpe en el estadio al que Inglaterra habla llegado tras una larga evolución. El proletariado ruso, educado de un modo socialista, empezará su historia partiendo del estadio máximo de producción al que ha llegado la Inglaterra de hoy, porque, puesto que tiene que empezar, empezará por lo que en otros países está ya consumado, y de esa consumación recibirá el impulso para conseguir la madurez económica que, según Marx, es la condición necesaria del colectivismo. Los revolucionarios mismos crearán las condiciones necesarias para la realización *completa y plena* de su ideal. Las crearán en menos tiempo que el que habría necesitado el capitalismo. Las críticas que los socialistas dirigen al sistema burgués para poner de manifiesto sus imperfecciones, su dispersión de la riqueza, servirán a los revolucionarios para hacerlo mejor, para evitar esas dispersiones, para no caer en aquellas deficiencias. Será al principio el colectivismo de la miseria, del sufrimiento. Pero esas mismas condiciones de miseria y de sufrimiento habrían sido heredadas por un

régimen burgués. El Capitalismo no podría hacer *inmediatamente* en Rusia más de lo que podrá hacer el colectivismo. Y hoy haría mucho menos que el colectivismo, porque tendría *enseguida* contra él un proletariado descontento, frenético, incapaz ya de soportar en beneficio de otros los dolores y las amarguras que acarrearía la mala situación económica. Incluso desde un punto de vista humano absoluto tiene su justificación el socialismo en Rusia. El sufrimiento que seguirá a la paz no podrá ser soportado sino en cuanto los proletarios sientan que está en su voluntad, en su tenacidad en el trabajo, el suprimirlo en el menor tiempo posible.

Se tiene la impresión de que los maximalistas han sido en este momento la expresión espontánea, *biológicamente* necesaria para que la humanidad rusa no cayera en la disgregación más horrible, para que la humanidad rusa, absorbiéndose en el trabajo gigantesco y autónomo de su propia regeneración, pueda sentir con menos crueldad los estímulos del lobo hambriento, para que Rusia no se convierta en una enorme carnicería de fieras que se desgarran unas a otras.

CARTA A GIUSEPPE LOMBARGO RADICE⁹

Turín, marzo 1918

Estimado señor,

Le adjunto un artículo que mi colaborador Andrea Viglongo ha escrito para “Il Grido del Popolo” sobre su opúsculo *El concepto de la educación*¹⁰. Viglongo es un jovencito autodidacta, lo cuál le explicará cualquier contradicción e imprecisión de su escrito. Conozco y admiro la obra que él ha desarrollado para una renovación espiritual de la juventud italiana; por eso le escribo, queriéndole informar del poco trabajo que nosotros los socialistas buscamos desarrollar aquí en Turín, que quizás pasa en Italia por el reino de la bestialidad y de la imbecilidad proletaria y derrotista. Su bondad y gentileza creo que la han preservado del contagio de la perversión que ha devenido epidémico: el tener una concepción diferente sobre la tarea que el proletariado socialista debe llevar a cabo durante la guerra no puede anular el respeto recíproco.

En Turín creemos que no basta con la proclamación verbal de los principios y de las máximas morales que necesariamente deberán instaurarse con el advenimiento de la civilización socialista. Hemos buscado organizar esa proclamación: dar ejemplos nuevos (para Italia) de asociacionismo. Y así surge desde hace poco un *Club de vida moral*. Con él nos proponemos habituar a los jóvenes que adhieren al movimiento político y económico socialista, a la discusión desinteresada de los problemas éticos y sociales. Queremos habituarlos a la investigación, a la lectura hecha con disciplina y método, a la exposición simple y serena de sus convicciones. Los trabajos se realizan así: yo, que he tenido que aceptar la tarea de coordinador, cómo iniciador de la asociación, asigno a un joven una *tarea*: su opúsculo sobre la educación, un capítulo de *Cultura y vida moral* de B. Croce, de los *Problemas educativos y sociales* de Salvemini, de la *Revolución francesa* o de *Cultura y laicidad* del mismo Salvemini, del *Manifiesto de los comunistas*,

⁹ Publicada originariamente en *Rinascita*, 7 de marzo 1964. Traducción a cargo de Hernán Ouviaña y Cecilia Alonso. Incluida en VV.AA. *Gramsci y la educación*, Editorial Novedades Educativas, Buenos Aires, en prensa.

¹⁰ La recepción de Viglongo al opúsculo de G. Lombargo Radice, *El concepto de la educación*, Battiato, Catania 1915, había aparecido con el mismo título en “Il Grido del Popolo” del 16 de marzo de 1918. Este texto ha sido reeditado en G. Bergami, *Il giovane Gramsci e il marxismo*, Fertrinelli, Milano, 1977.

una *apostilla* de Croce sobre la “Crítica” u otro, que sin embargo provenga del movimiento idealista actual. El joven lee, hace un esquema, y luego en una reunión expone a los presentes el resultado de sus investigaciones y de sus reflexiones. Alguno de los presentes, si se ha preparado, o yo mismo, presentamos objeciones, proponemos soluciones diversas, ampliamos el dominio de un concepto o de un razonamiento. Se abre así una discusión, que se busca no cerrar hasta que *todos* los presentes hayan tenido la posibilidad de comprender y de hacer propios los resultados más importantes del trabajo común. Otras veces el *Club* tiene entre sus fines la aceptación del control recíproco sobre la actividad cotidiana, familiar, de oficina, civil, de cada uno. Queremos que cualquiera tenga el coraje y la energía moral suficiente para *confesarse* públicamente, aceptando que los amigos lo aconsejen y lo controlen: queremos crear la confianza recíproca, una comunión intelectual y moral entre todos.

El artículo de Viglongo es el resultado de una reunión: Viglongo tiene 17 años, es empleado privado, ha completado los estudios técnicos inferiores. En el “Grido” han aparecido así: una investigación sobre *Fe y programas* de B. Croce, otra sobre *Nacionalismo sensual* del mismo Croce. Viglongo está preparando otra sobre Cuestión Meridional siguiendo los escritos de Salvemini.

Estaría muy agradecido si usted, que sigue con interés todas las experiencias nuevas pedagógicas, tuviese la bondad de escribirme su opinión sobre nuestra experiencia, que ciertamente no se afirma y desarrolla sin dificultad. Los jóvenes son todos obreros¹¹: el socialismo turinés es fundamentalmente obrero, los pocos jóvenes universitarios están lejos por obligaciones militares. Si bien son inteligentes y de buena voluntad, se necesita comenzar por las cosas más simples y elementales: por el lenguaje mismo. ¿Podría usted ayudarme con algún consejo, señalándome una dirección que abarque y complete mis propósitos, mostrándome los errores en los cuales puedo caer? Le estaré muy agradecido, y mis jóvenes amigos obtendrían de sus palabras nueva energía para perseverar y fortalecer su voluntad.

Con la mayor gratitud,

Antonio Gramsci

PRIMERO LIBRES¹²

No es cierta la tesis que *Il Grido* ha sostenido siempre y los lectores que nos han seguido pueden ver fácilmente dónde está la debilidad del artículo de Leonetti.

Leonetti hace abstracción de la organización, esto es, del fenómeno social a través del cuál el socialismo se realiza. Y no refleja que la organización es, al fin de cuentas, un modo de ser que determina una forma de conciencia; aquella forma de conciencia que Leonetti supone que no podrá desarrollarse hasta tanto seamos “libres”, hasta tanto hayamos conquistado los poderes del Estado e instaurado la dictadura del proletariado.

¹¹ Gramsci se refiere a las varias iniciativas de expositor y conferencista en los Círculos socialistas y no solo a la tentativa del *Club de Vida Moral*.

¹² *Il Grido del popolo*, 31 de agosto 1918. Traducción a cargo de Hernán Oviña y Cecilia Alonso. Incluido en VV.AA. *Gramsci y la educación*, Editorial Novedades Educativas, Buenos Aires, en prensa.

Leonetti por tanto habla de “nosotros” y de “pueblo”, como de dos entidades escindidas: nosotros (quien sino), partido de acción; el pueblo, grey de ciegos y de ignorantes. Y entiende partido de acción cómo lo entendían los carbonarios del '48, no cómo es actualmente, cómo lo forma la lucha política moderna, llena de publicidad, de la que participan innumerables multitudes y no un faccioso grupo de choque de cuatro conjurados con cuatro policías.

El problema para los socialistas es otro. Aquello que respecta al desarrollo de la individualidad es expuesto con rigor y precisión por Carena. Pero para nosotros, este es también particularmente, un problema social y en este sentido puede ser resuelto sólo mediante la organización.

El individualismo económico del régimen capitalista determina al asociacionismo político. Esta necesidad inmanente del régimen, Marx la ha sintetizado en el grito “Proletarios del mundo, uníos!”. Marx ha hecho de la necesidad un deseo, de la oscura y vaga inclinación una conciencia crítica: el instinto ha devenido y deviene, a través de la propaganda socialista, espiritualidad, voluntad. La “unión” no es sólo acercamiento de cuerpos físicos: es comunión de espíritus, es colaboración intelectual, es mutuo apoyo en el trabajo de perfeccionamiento individual, es educación recíproca y recíproco control.

Esta actividad implícita en la organización económica y política tiende a definirse, a asumir forma propia. El movimiento socialista se desarrolla, agrupa multitudes, cuyos individuos tienen diferentes grados de preparación para la acción conciente, cuentan con diferentes grados de preparación para la convivencia social en el futuro régimen. Tanto menor es nuestra preparación en cuanto Italia no ha atravesado la experiencia liberal, ha conocido pocas libertades y el analfabetismo está todavía hoy más difundido de lo que nos informan las estadísticas.

Mayor es en el proletariado organizado el deber de educarse, de desprender de su asociación el prestigio necesario para asumir la gestión social sin preocupación por revueltas vándalas que destruyan las conquistas del partido de acción.

La educación, la cultura, la organización surgida del saber y de la experiencia, es la independencia de las masas respecto de los intelectuales. La fase más inteligente de la lucha contra el despotismo de los intelectuales de carrera y de las competencias por derecho divino, está formada por la acción para intensificar la cultura, para profundizar la conciencia. Y esta obra no se puede dejar para mañana, para cuando seamos políticamente libres. Es en sí misma libertad, en sí misma estímulo para la acción y condición de la acción. La conciencia de la propia inmadurez, el temor de fallar en la tentativa de reconstrucción, no es pues la más férrea de las trabas que obstaculizan la acción? Y no puede ser de otra manera; socialismo es organización y no sólo política y económica sino también y especialmente de saber y de voluntad, obtenida a través de la actividad cultural.